

2

JOSE ANGEL VALENTE

Poemas  
a  
Lázaro

*índice*

## JOSE ANGEL VALENTE

**N**ACIÓ en Orense el 25 de abril de 1929. Hizo sus primeros estudios en Santiago, trasladándose en 1947 a Madrid, en cuya Universidad se licenció en Filosofía y Letras. Cultiva el ensayo y la crítica literaria. Ha traducido poemas de Hopkins, Cavafis y Montale entre otros. En 1954 obtuvo el Premio Adonais de poesía con su libro *A MODO DE ESPERANZA*. De 1955 a 1958 fue miembro del Departamento de Español de la Universidad de Oxford. En 1958 se trasladó a Ginebra, donde reside en la actualidad.

El ciclo de *POEMAS A LÁZARO* representa un doble desarrollo, en intensidad y extensión, de los temas enunciados en el libro inicial del poeta. Siguen poseyendo estos versos un perfil inconfundible de «meditación enjuta, a veces sincopada, que es de arriba a abajo enormemente característica».

**L**A significación de este libro dentro del reciente panorama de la poesía española puede residir en la afirmación de una forma de realismo o de objetividad en la creación poética, de la que el autor da razón en otro lugar: «El objeto del poema — escribe — tiene un margen sagrado de libertad que la conciencia del poeta no puede profanar más que a riesgo de condenarse a la autocontemplación en el vacío. La realidad tiene su propio derecho a existir, a sobrevivir, a no diluirse en la mirada. Dentro de ese margen de libertad el objeto del poema se manifiesta por sí mismo, se realiza o toma cuerpo por su propio poder en el medio verbal que el poeta le tiende. El proceso creador es un proceso bilateral en el que no sólo interviene de modo activo el poeta sino en el que el objeto impone también su condición y su ley».

1<sup>ª</sup> Edición  
de 1960  
2000.-



# POEMAS A LAZARO



JOSE ANGEL VALENTE

R-8026-A

# POEMAS A LAZARO



**Esta primera edición de POEMAS A LAZARO comprende 25 ejemplares fuera de comercio, numerados del I al XXV y firmados por el autor.**

**DEPOSITO LEGAL M. 987 - 1960**

---

**ARTES GRAFICAS E. M. A. CALLE DE LA PAZ, 8 - MADRID**



*... me muero cada día  
y cada día resucito.*

M. DE U.

*... un hombre que vigila  
el sueño, algo mejor que lo soñado.*

A. M.

*... ¡qué poco tiempo más único!*

J. R. J.



# **POEMAS A LAZARO**



PRIMER POEMA

No debo

proclamar así mi dolor.

Estoy alegre o triste y ¿qué importa?

¿a quién ayudaré?

¿qué salvación podré engendrar con un lamento?

Y, sin embargo, cuento mi historia,

recaigo sobre mí, culpable

de las mismas palabras que combato.

Paso a paso me adentro,

preciosamente me examino,

uno a uno lamento mis cuidados

¿para quién,

qué pecho triste consolaré,

qué ídolo caerá,

qué átomo del mundo moveré con justicia?

Remotamente quejumbroso,

remotamente aquejado de fútiles pesares,

poeta en el más venenoso sentido,

poeta con palabra terminada en un cero

odiosamente inútil,

cuento los caedizos latidos

de mi corazón y ¿qué importa?

¿qué sed o qué agobiante

vacío llenaré de un vacío más fiero?

Poeta, oh no,  
sujeto de una vieja impudicia:  
mi historia debe ser olvidada,  
mezclada en la suma total  
que la hará verdadera.  
Para vivir así,  
para ser así anónimamente  
reavivada y cambiada,  
para que el canto, al fin,  
libre de la aquejada  
mano, sea sólo poder,  
poder que brote puro  
como un gallo en la noche,  
como en la noche, súbito,  
un gallo rompe a ciegas  
el escuadrón compacto de las sombras.

I





SOLILOQUIO DEL CREADOR

*“Dijo Dios: Hagamos al hombre”*  
(Gén., 1, 26.)

La criatura  
salida de mis manos  
alzó los ojos ciegos, dijo: “Tú”.  
Sabía que era  
distinta de mí mismo.  
Creía en mí.

(Oh, nunca tanto amor  
debió abrasar tan quebradiza hechura.)  
Alzó los ojos ciegos: “Tú me has hecho,  
ahora te pregunto. ¡Dime, dime!”  
(Envuelta en mí latía,  
no con vida distinta...)  
“¡Dime, dime!”

(... pero jamás podría  
comprender mi palabra.)



## EL MURO

*(Voz de la creatura)*

En la espesura de este muro puse  
mi oído. Golpeé tres veces,  
cien, mil, toda la vida. Dije  
tu nombre, dije:  
“No sé tu nombre”.

Puse mi oído; deseaba voces,  
una respuesta, un eco.

Golpeé hasta la muerte: largos  
muros, silencio, viento... y más allá  
caí.

### Banderas

de pena y tiempo arrastraba la noche...

Y más allá caí para engrosar el muro  
espeso en que clamaba.

Caí, caí, caí...

Y más allá caí, del otro lado  
de la humana esperanza.



## EL EMPLAZADO

No me llames después  
ni quieras  
a eternidad remota  
aplazarme y juzgarme.

No me llames después:  
hay tantas cosas  
de llanto y luz urdidas  
—ahora, cerca  
de mí— que la vida limita.

No a eternidad me llames, no me llames  
después, ni quieras  
emplazarme remoto.

Mira estas manos tristes  
de recordarte en tanto  
humano amor, en tanto  
barro que te reclama y no me llames  
después: júzgame ahora,  
sobre el oscuro cuerpo  
del amor, del delito.



EL ALMA

*A Carlos Bousoño.*

¿Dónde apoyar la sed  
si el labio no da cauce?  
¿Dónde la luz  
que el ojo ya no sabe?  
¿Y dónde el alma al fin  
sin forma errante,  
en qué cámaras ciega,  
anónima en qué aire?

No, tú no existirás  
en la espera terrible  
sin rama en que posarte,  
hasta que el barro sople sobre ti  
y en nueva luz te alce  
a tu reino completo,  
para hacerte visible a los ojos del Padre.





## CAE LA NOCHE

Cae la noche.

El corazón desciende  
infinitos peldaños,  
enormes galerías,  
hasta encontrar la pena.  
Allí descansa, yace,  
allí, vencido,  
yace su propio ser.

El hombre puede  
cargarlo a sus espaldas  
para ascender de nuevo  
hacia la luz penosa-  
mente: puede caminar para siempre,  
caminar...

¡Tú que puedes,  
danos nuestra resurrección de cada día!



## EL MILAGRO

Ciegos  
del país de la sombra,  
del muro aquel de las tinieblas: aves,  
torpes aves nocturnas  
en el centro del día...

Hermano, amigo,  
si te encuentro y te digo:  
“¡tengamos esperanza!”,  
¿dónde ponerla luego?  
Pero al menos unamos  
nuestras oscuridades,  
el paso vacilante  
a la ciega pupila.

Porque nada sabemos  
de lo que aguarda al cabo  
de la noche. Palpamos su presencia,  
el bulto que adelanta, y surge  
entonces la plegaria:  
“¡Oh, si la luz se hiciese!  
¡Si el barro y la saliva  
se uniesen en los dedos  
que pueden el milagro!”

Ciegos  
del país de la sombra.

**Bodas**

*de la noche y el día.*

**Mano**

—después de tanto sueño—

que abrirá nuestros ojos

al rayo duradero.

## II



ENTRADA AL SENTIDO

La soledad.  
El miedo.  
Hay un lugar  
vacío, hay una estancia  
que no tiene salida.  
Hay una espera  
ciega entre dos latidos,  
entre dos oleadas  
de vida hay una espera  
en que todos los puentes  
pueden haber volado.  
Entre el ojo y la forma  
hay un abismo  
en el que puede hundirse la mirada.  
Entre la voluntad y el acto caben  
océanos de sueño.  
Entre mi ser y mi destino, un muro :  
la imposibilidad feroz de lo posible.  
Y en tanta soledad, un brazo armado  
que amaga un golpe y no lo inflige nunca.  
En un lugar, en una estancia —¿dónde?  
¿sitiados por quién?...

El alma pende de sí misma sólo,  
del miedo, del peligro, del presagio.





## EL DIA

Si el día llega, cuando llegue el día,  
si el día llega para ti no esperes,  
hunde la débil nave en las orillas,  
como si nunca hubieras de volver,  
no esperes.

Porque nada regresa de la noche  
avanza con firmeza.

Si encuentras luz hasta las heces bebe.  
Pero no esperes nunca, nunca esperes  
la madurez del fruto hasta muy tarde.  
Ahora débil pende, no vacile  
tu mano, débil pende.

Lejos está el comienzo. No hay orillas,  
sólo un naciente olvido: el tiempo es breve,  
el límite es incierto,  
voraz el ancho reino de la sombra.



## LA ULTIMA PALABRA

No aguardo nada; nada  
puedo aguardar.

Yo mismo me pronuncio  
—un ángel no,  
yo mismo—  
en esta soledad.

Ya nunca un ángel,  
nunca;  
yo  
para siempre jamás.

Y, cuidadosamente,  
he dispuesto mis armas,  
tales como un cuchillo,  
una palabra, un  
dolor: afinan  
la voluntad.

Y cómo, sin embargo,  
huiría dejando  
campo y armas.

No hay paz,  
no hay tregua.

Nunca un ángel;  
yo mismo  
pronunciaré la última palabra

en esta soledad.  
Porque he sido erigido  
hombre en memoria mía :  
firme entre las oscuras  
potencias de la noche  
mi libertad está.

LA CABEZA DE YORICK

La cabeza de Yorick  
es pelada y redonda: examinemos  
la cabeza de Yorick  
el bufón, el alegre  
cuenco donde el ojo bailó,  
la frente donde  
para siempre descansa el pensamiento.

Tomemos su cabeza  
como una hueca caja,  
donde ni el aire finge  
un residuo de alma.

Este era Yorick,  
de pies y risas hábiles  
y palabras certeras.

Tomemos en silencio  
su desnuda cabeza.

La cabeza de Yorick  
es pelada y redonda: examinemos  
la cabeza de Yorick  
el bufón y dejémosla  
caer de nuevo al polvo como  
si nos decapitásemos.



## LA LLAMADA

Temprano, en la mañana, la llamada.  
 Tal vez es el teléfono que avisa  
 y me levanto a ciegas,  
 tentando el despertar sin ver su rostro.

Tropiezo en los residuos de la víspera,  
 cuanto hay de ayer en hoy me sale al paso,  
 y con torpeza y sumisión recojo  
 la llamada en el alba, tan temprana.

“Quién es, quién, quién”.

Silencio.

Alguien dice mi nombre y calla luego.  
 El despertar se rompe en nueva sombra.

“Quién, quién —repito—, quién tan pronto”.

En mil pedazos salta la mañana.

Desde el umbral me llega, tibia y sola,  
 la voz de la mujer envuelta en sueño,  
 caída aún en la última caricia,  
 (“quién era, quién, quién era...”)

Se deshacen

lentamente la luz y las palabras,  
 la voz de la mujer resbala lejos,  
 muy lejos, más allá  
 que la otra voz —allá— de la llamada.





EL DESCUIDADO

Hay una lluvia igual.

Bajo los puentes del descuido  
nada comenzará.

Aquel cuidado está tan alto  
que nadie lo podría hallar.

Un pájaro o la mirada  
se alejarán, se perderán.

Lo próximo y lo lejano  
se identifican en la paz  
del descuido bajo los puentes  
donde nada comenzará.

En el olvido o la memoria  
hay una lluvia igual.

En el aire la mano queda  
entre el soñar y el despertar,  
suspendida entre dos reinos  
de idéntica irrealidad.

Alguien ha dicho una palabra  
como silencio en un hondo mar,  
mientras el aire iba y volvía  
de eternidad a eternidad.



## LOS OLVIDADOS Y LA NOCHE

Cuando aparecen ante mí, terribles,  
suavísimos rostros,  
sus contornos se mezclan  
y adelantan una sola figura.

Bajo la transparente piel  
de aquel amor y el agua solitaria  
brillan los ojos de mi madre antes  
de haberme concebido.

¿Soy yo quien pasa o sois vosotros?  
¿quién está detenido?  
¿quién abandona a quién?  
¿quién está inmóvil o quién es arrastrado?

Madre, después de tanto  
hilarme a tu pupila,  
después de haber edificado un reino de esperanza,  
después de haber soñado  
cuanto soy, cuanto tengo,  
no habré hablado contigo.

¿Pero podríamos hablar?  
¿hay tiempo?

Dadme un día,  
detened un día  
el implacable paso,

el terrible descenso  
—vuestro, mío—  
para que pueda así  
escoger la palabra, el adiós, el silencio:  
para que pueda hablaros.

Mientras escribo sobre  
la resistencia de mi propio cuerpo,  
el mundo habrá pasado,  
habrá cerrado el ciclo,  
completado el retorno  
de su nada a su origen,  
y yo seré antepasado pálido  
de mi futuro olvido.

Puedo deciros que esta misma noche  
vuestro feroz recuerdo ha devorado  
mi amor,  
envejecido el rostro de mis hijos,  
mutilado los besos,  
reducido mi pecho a soledad.

Porque nada de lo vivido  
puede darnos más vida:  
sé que no soy,  
que no me pertenezco.  
Pasé por vuestros ojos  
y creí desgarrarlos, arrastrarlos conmigo,  
mas fué vuestra pupila la que hizo presa en mí.

Jirones de mi ser,  
banderas,  
viento como un gemido

largo en el corazón...  
Inmóviles aún,  
como os dejó mi olvido,  
pálidos de mi sangre,  
conjurados en una sola acusación.

¿Soy yo el culpable?

Lejos el tiempo y el lugar,  
la primavera cómplice y el aire  
de la inocencia en el jardín...

La amistad es un puente roto,  
los besos han volado el amor hecho añicos,  
y a un lado y otro lado  
permanecemos solos,  
dando voces, llamándonos,  
gesticulando, mientras  
la corriente se ensancha y yace  
consumido el crepúsculo.

Inmensa noche. Solitaria noche.  
(Despojada de mí busco mi cuerpo en vano,  
sigo en vano mi voz)

Noche: mi sueño  
no la puede durar.



TUVE OTRA LIBERTAD

Tuve otra libertad,  
la amé con otro nombre.

Entre  
el deseo y su objeto había un tiempo  
reducible a esperanza.

Los muros eran altos  
para no ver,  
los cielos eran altos  
para no ver: el sueño  
alto para no ver  
más sueño que el soñado.

La semilla caía y enterraba  
con ella la mirada  
redonda para el fruto.

El aire estaba lleno  
de poder y de pájaros,  
el cuenco maternal  
de hondo reposo,  
la oración de respuesta  
y de luz suficiente.

Pero no hablo de ti, no hablo  
de lo que no recuerdo.  
Durar pudo la vida,

segura y repetida,  
ser promesa de un dios.

Y todo  
pudo ser pasto oscuro  
de otro dios, de otro sueño.



LA LUZ NO BASTA

La luz..., pero no basta;  
no me basta mirar.  
Porque empapado está el mirar de sueño,  
contagiada la luz por el deseo,  
engañados los ojos hasta el blanco  
candor de la pupila.

Ojos siempre infantiles,  
ávidos del engaño,  
sobornados por cuanto finge el aire,  
dejadme con el tacto  
servil y la certeza  
simple de lo que toco.

No me basta mirar;  
la luz no basta.  
Porque he mirado en vano tantas veces,  
tantas veces en vano creí ver.

Tacto que no adivina,  
tacto que sabe quiero,  
ganapán receloso,  
zafio leal palpando,  
para creer, el tenue  
residuo del milagro.

Ven,  
amigo, campesino

de tosca astucia, viejo  
tacto, sentémonos  
a la orilla del aire  
propicio a la mirada.  
Pero tú aquí, conmigo  
—en el umbral de tanta  
celeste maravilla—  
con la simple certeza  
de las cosas que toco  
y me ofrecen su lomo  
melancólico y manso  
de domésticos canes.

## EL SUEÑO

Por una espesa y honda  
avenida de árboles que unen  
en lo alto su copa y pesadumbre  
el sueño avanza.

Abre sus grandes alas,  
sus poderosos brazos  
de lenta sombra y noche grande: cierra  
contra todo horizonte.

En el centro del aire  
cabecea un navío,  
rodeado de enormes  
territorios de sueño.

El sueño avanza: pone  
su silenciosa planta  
en el umbral de nuestra  
transitoria vigilia.

Acaricia y golpea,  
llama con voz suave  
y entra como un río  
de seguro poder.

El sueño halaga,  
porfía y nos rodea,  
hasta que al fin caemos

en su seno girando  
como plumas, girando  
interminablemente.

Esta es la inerme paz, la sosegada  
mentira de la sombra.

El sueño multiplica  
su rostro en un espejo  
sin fin: vértigo quieto, inmóvil  
torbellino.

¡Gritad! Pero no; el grito  
es también sueño. Ahora su dominio.  
Potestad de la noche.

## EL ODIO

Nos miramos midiendo  
el alcance feroz de la pupila.  
Nos abrazamos en mortal abrazo  
y rodamos unidos.

Ya casi no sabíamos  
en el estrecho nudo  
qué cuerpo golpeábamos,  
qué corazón buscábamos  
con los aceros lívidos del odio.

Primero había luces  
como en un "ring", espesos  
gritos, humana sed de sangre.

Alguien contaba  
los golpes hasta diez,  
hasta diez las caídas, hasta diez  
mil el amarillo jadear rencoroso.

Después se borró todo.

Luchábamos en medio  
de un oscuro desierto  
de arena o de cenizas  
que el odio calcinaba.

Y alrededor la noche  
y noche y noche, hasta romperse

la noche en alaridos  
de silenciosa sombra.

El espanto rodaba  
como una roca inmensa,  
y los cuerpos unidos  
eran un solo cuerpo  
turbio de amor, que el odio  
sorbía hasta las heces.

EL OTRO REINO

*A Alfonso Costafreda.*

Pero también levanto  
mis ojos hacia el cielo...

Ved: hoy vuela

un ave allá en la altura.  
Dios la distrae y vuela  
sobre nuestras palabras.

La llamo: “¡Ohé...! ¡Desciende!”,  
pero ella vuela arriba.  
Parece exenta, sola,  
perdida allá en su sueño.

La llamo y no me escucha.  
¿Es que su reino es otro?

En círculos enormes  
abarca cuanto veo,  
cuanto me ata a la tierra,  
al barro, al tiempo, al paso  
vivaz de la alegría.  
Pero el vuelo es arriba  
indiferente y otro.

Vuela la distraída,  
yo le tiendo celadas;

pero a otro poder  
obedece, no al mío.

Anchas las alas son,  
tranquilo el vuelo,  
inagotable el aire  
de su enorme obediencia.



### III



## COMO UN RELAMPAGO

Como un relámpago estallaba  
a nuestros pies  
la vida,  
a nuestros ojos, a  
nuestras cabezas.

Cuántas veces con pena, con amor,  
con deseo, furiosamente  
siempre, pronunciaríamos: vida.  
Ahora no sabíamos  
de qué lado inclinarnos  
para oírla mejor,  
para ceñirla con más vida,  
porque a manos, a cielos  
llenos, a relámpagos  
sobre lo azul o sobre  
lo verde o lo amarillo,  
sobre el tranquilo mar  
o las rocas oscuras  
estallaba.

Nos seguía también  
por la desconocida  
ciudad de largas calles, donde  
nadie sabía de nosotros más  
que aquel visible amor  
que llevábamos puesto.

La respirábamos  
sin saber, casi  
sin darnos cuenta.  
Tú dijiste: "deténla",  
y no era posible.

Ahora la memoria  
en soledad la busca.

Pero difícil es  
y triste  
con manos pensativas  
reconstruir la simple  
razón de la alegría.

SON LOS RIOS

No te detengas, sigue ;  
no vuelvas la mirada.  
No podemos volvernos.  
Todo lo que ya he muerto  
me alcanzaría ahora.

Como al agua primera  
del descenso de un río  
me sigue cuanto he ido  
arrancando a mi paso,  
cuanto he desgajado,  
cuanto he ido muriendo.

No vuelvas la mirada ;  
no te detengas.

Baja  
en la oscura corriente  
mi cadáver de niño,  
un rostro entra la sombra,  
el caído silencio  
de aquel amor, aquella  
rota imagen del sueño.

No podemos volvernos.  
Ellos siguen mi curso,  
seguros, con su opaca  
tenacidad de muertos.

Pero tú ven conmigo;  
nunca vuelvas los ojos.  
Saltemos ciegamente  
hacia más y más cauce,  
hasta que el tiempo aquiete  
sus pasos en la noche  
y cuanto nos seguía  
al cabo nos alcance.

## PERO NO MAS ALLA

Pero no más allá, no debo herirte,  
no debo herirte más cuando me acerco  
con palabras de amor hasta los bordes.

Pero no debo herirte...

A veces cuando  
me acerco a ti con tanto amor escondo  
en lo profundo un áspid, un veneno,  
un agudo cuchillo que ignoraba  
y que hiere al amor donde más duele.

A veces pongo esta palabra: pan,  
sobre la mesa y suena a muerte, pongo  
la palabra amistad y alguien levanta  
el brazo armado para defenderse.

Pienso en amor y algo tus labios hiere,  
pronuncio luz y lejos gime el día:  
algo que mata el corazón oculta,  
algo que entre el amor yace y de pronto  
puede matar, herir cuando no quiero.

Cuántas veces he dicho vida y cuántas  
tal vez muerte escondía sin saberlo,  
cuántas habré cegado la esperanza,  
cuántas, creyendo luz, habré arrojado  
palabras, piedras, sombra, noche y noche  
hacia el sol que amo tanto.





CUANDO ESTOY ANTE TI

Cuando estoy ante ti  
no contemplo lo eterno.

Estos ojos tendrán,  
no sé cuándo, algún día,  
ese ajeno horizonte.

Ahora te miro a ti,  
fugaz de risa y tiempo,  
y tengo lo que es mío.

Ciegamente giramos  
alrededor de nuestro  
amor y a un tiempo  
alrededor de un sol  
de implacable dominio.

En un pequeño punto  
de la inmensa parábola,  
nuestro amor es un reino  
amenazado arriba  
por el alto y remoto  
fulgor de las estrellas.

Aún no estamos quietos  
en lo eterno. Mi mano  
puede alzarse o bajar  
lenta sobre tu pelo.

Se pronuncia el amor,  
el agua pasa, puede  
ser adiós la caricia.

Sé dónde estoy: aquí,  
la duración del beso  
o la mirada.

(Anega  
todo tu amor mi hombría.)  
Arriba, las estrellas.  
Yo tengo lo que es mío.

## HEMOS PARTIDO EL PAN

Hemos partido el pan.  
Está dispuesta  
la vida a comenzar.  
Hemos partido el pan,  
los alimentos, hemos  
dividido los sueños por igual.  
Esta es tu casa.  
Estoy, está  
tu risa: he dicho  
la verdad.  
Hemos partido el pan  
trémulo de futuro.  
Hemos partido el pan.  
La mesa está cubierta  
de claridad.



## MATERNIDAD

Como la tierra, madre,  
como la tierra donde el fruto cae  
para hacerse semilla  
que ha de volver al aire.

Ni el tiempo ni la tierra  
eran más fuertes,  
ni el tiempo ni la tierra que giraban  
alrededor de tu desnudo vientre.

Con tu propio poder  
quién te pudiera  
repetir conjurando las raíces,  
las poderosas savias de la tierra.

Quién te pudiera repetir desnuda  
bajo el dolor de tu poder más fuerte,  
en el oscuro rito, madre,  
remotamente madre desde siempre.

No era el grito lamento,  
no era el dolor gemido,  
eran invocaciones y llamadas  
a las potencias cómplices del rito.

Yo te buscaba por tu nombre: estabas  
sola y conmigo y tan lejana...; eras  
mi propio amor, mi propio amor haciéndose  
remota entraña de la primavera.

JOSE ANGEL VALENTE

Yo te llamaba por tu nombre en vano,  
yo te llamaba ciegamente donde  
eras puro latido desdoblándose  
para hacer fruto en ti lo que en mí es hombre.

Y ahora te llamo solamente madre,  
madre como la tierra o las semillas,  
las raíces, las savias... madre, entraña,  
latido, vida.

## IV





## OBJETO DEL POEMA

Te pongo aquí  
rodeado de nombres: merodeo.

Te pongo aquí cercado  
de palabras y nubes: me confundo.

Como un ladrón me acerco: tú me llamas,  
en tus límites cierto, en  
tu exactitud conforme.

Vuelvo.

Toco

(el ojo es engañoso)  
hasta saber la forma. La repito,  
la entierro en mí,  
la olvido, hablo  
de lugares comunes, pongo  
mi vida en las esquinas:  
no guardo mi secreto.

Yaces

y te comparto, hasta  
que un día simple irrumpes  
con atributos  
de claridad, desde tu misma  
manantial excelencia.



## EL CANTARO

El cántaro que tiene la suprema  
realidad de la forma,  
creado de la tierra  
para que el ojo pueda  
contemplar la frescura.

El cántaro que existe conteniendo,  
hueco de contener se quebraría  
inánime. Su forma  
existe sólo así,  
sonora y respirada.

El hondo cántaro  
de clara curvatura,  
bella y servil:  
el cántaro y el canto.



ROTACION DE LA CREATURA

La semilla contiene todo el aire ;  
 el grano es sólo un pájaro enterrado ;  
 la nube y la raíz sueñan lo mismo ;  
 la savia abre la palma de la espiga,  
 donde el sol y la lluvia se recrean  
 y amasan con su amor el pan caliente ;  
 el cielo del revés mira hacia arriba  
 y apunta hacia su bóveda terrestre ;  
 la tierra llueve cielo abajo pájaros  
 y el cielo fecundado en primavera  
 multiplica su luz gozosamente ;  
 el sueño es un sonámbulo vigía  
 y el despertar su sueño verdadero.

En el ojo de Dios verde y profundo  
 la primera semilla aún busca el fondo,  
 y todo gira allí del limo al hombre  
 para que el mundo empiece todavía.



TRES FRAGMENTOS

I

(El gallo)

Vibra en la roja cresta  
el fuego coronado  
y despierta la sangre.

La arena está cubierta  
de exhaustos luchadores.

Pero tú, el incansable,  
alza tu poderío,  
incorpórate, templa  
la terrible garganta: clava  
tus agudas espuelas  
en los tibios costados de la sombra.

Corra toda su sangre,  
sin fin corra su sangre.

Y viril nazca el canto,  
como una saeta,  
contra la noche hembra,  
abatida en los campos.

II

(Gallo de la veleta)

Lo enciende el viento,  
lo desnuda el viento.

Es olvido y mudanza  
y también permanencia.

Parece casi un alma,  
en memoria del alma  
levantado en las torres.

En memoria del alma.

La primavera llueve  
y le da mansa herrumbre,  
el invierno se encrespa  
en su aguda silueta.

Su azar es su destino  
(gallo del desafío:  
norte o sur, cara o cruz,  
cambiadoras veletas,  
veladoras veletas...)  
en memoria del alma.



III

(Fragmento final)

¿Un día han de cantar en la tierra desnuda?

¿Proclamarán un día  
cuyo sol solitario  
alucinadamente  
queme nuestros despojos?

¿Vacío estará el aire  
y cantarán arriba,  
metálicos y ciegos,  
los gallos?



## EL SAPO

El sapo melancólico  
de húmeda palabra,  
con pulso de agua humilde,  
transparente y remoto que vibrara  
para llenar el sueño de frescura,  
asesinado yace a mediodía,  
a medio mundo en luz.

Luz breve fué su canto.

Bajo el poder oscuro,  
que acaso presintiera,  
de tanta luz reposa.  
Y ya no puede el aire  
o la memoria de su flauta tenue  
refrescar su garganta.

Mediodía:  
ansiada luz que acepta y que devora.

Un cadáver gravita, pesa sordo  
contra la tierra.

Más pesa su silencio.

Pobre muerte mortal de sapo claro  
que cae desde su música ligera,  
pesadamente muerto para siempre.



## LA RESPUESTA

El hombre de la tierra  
miró mis manos, dijo:  
“No conocen el peso de la tierra.”

Escudriñó mis ojos: “No podrían  
distinguir las semillas.”

Alzóse hasta mi frente:  
“Ni el sol ni el aire la han sellado.”

Dijo

y volvióse a la tierra.

Largo tiempo  
la estuvo contemplando. Nadie  
mediaba entre los dos sino la tierra.

Durante largo tiempo el hombre  
la miró con cuidado,  
luego vino hacia mí,  
solemne y simple,  
como si al fin me hubiese  
reconocido en ella.



## EL RESUCITADO

Callaba como  
 si hubiese regresado de la muerte,  
 como si entre él y nosotros  
 hubiese un tácito secreto  
 al que fuese vano aludir.

A veces su mirada  
 caía tiempo y tiempo  
 sobre la clara forma de un objeto,  
 y parecía interrogar:  
 “¿qué sabes tú de mí?”

Tal vez aquello  
 que a nosotros nos sirve  
 para ganar certeza  
 no le bastaba a él:  
 como si detrás de sus manos  
 otras menos visibles  
 convirtieran en polvo  
 cuanto pudo tocar.

Jamás supimos  
 quién era ni  
 testimonio de quién.

Nunca dijo su nombre.

Solía contemplar  
solitario los campos,  
la faena de todos,  
la humilde tierra abierta,  
donde cada mañana  
se alzaba milagrosamente el sol.



## EPITAFIO PARA UN DESCONOCIDO

Cuando la noche caiga y vuelva  
 el día, y los soles y el tiempo  
 maravillosamente  
 brillen sobre otros hombres,  
 alguien sobre el lugar  
 donde mi fe descansa  
 pronuncie alegre: “amigo”.

Aunque ignore mi nombre  
 y hable una lengua extraña  
 y se interponga nieve  
 de larguísimos años,  
 alguien que cruce piense:  
 “hubo una claridad como la mía erguida”,  
 y sobre tanto amor diga una vez: “amigo”.

Que no enturbien su frente pena o melancolía.  
 “Un hombre habitó—piense—  
 estas mismas palabras:  
 amor, claridad, lucha;  
 yo las prolongo...”, y siga.  
 En el oscuro reino me sentiré invocado  
 hacia la luz: “amigo, amigo, amigo”.



## EL PEREGRINO

Los que yacen aquí  
no yacen, velan;  
los que yacen aquí,  
los que descansan  
en paz bajo su nombre, según rezan  
tiempo y piedra, no duermen,  
velan siempre.

Cuando me acerco con desnudo paso,  
me llaman, me preguntan,  
me rodean de lejos:

“Habla, dinos.

¿Cómo era la vida?”

Alzo mi mano sobre el aire inmóvil,  
alzo mi mano sobre la memoria  
que corrompe la lluvia.

Digo: “Era...”

Y un sueño oscuro sube,  
poderoso y remoto,  
del olvido a la tierra.



LA MAÑANA

*A José Agustín Goytisolo*

La mañana desnuda, el diamante  
purísimo del día...

Vale más despertar.

Las caravanas de los mercaderes,  
los pescados resbalando otra vez hacia el mar.  
En larguísimos carros, cubiertos de deseos,  
veo pasar  
a los pobres de espíritu  
y a los pobres de pan,  
los pobres de palabra  
y de solemnidad.

Pero la mañana es azul y las montañas  
beben su claridad...

¿Quién me llama, quién  
desde el vagido del hambre—el sol es alto arriba—  
se ha atrevido a llorar?

Las despedidas y los regresos  
con iguales pañuelos; el sabor de la sal  
como el amor amarga.

Nadie debe llorar.

La mañana desnuda: árboles, altos pájaros,  
el invierno, el otoño... Paz.

Los campesinos muerden las semillas  
que han de multiplicar;  
alrededor del mismo miedo  
aprietan el hogar.  
Oh, nadie, nadie debe  
llorar.

La luz es alta y pura para cuanto respira...

Y más allá  
de su belleza,  
y más allá ¿qué hay?

Pongo nombre a mis hijos,  
edifico amistad.  
Mas mi casa es de tiempo.

Qué claro despertar.

SALMODIA DE LA BUENAHOMBRIA

Bendito sea el domingo.

El dulce pan de los pobres  
y el amargo pan de los ricos.

El que tiene un amigo: bendito.  
Y el que lo ha traicionado (éste  
más bendición necesita): bendito.

Bendito el que ha encontrado  
camino;  
el que lo busca y nunca  
lo encontrará: bendito.

Bendito el que tiene un hijo;  
y el que tiene  
un río,  
porque tiene  
menos: bendito.

Bendito el vino  
alegre, la fiesta  
y el padrino.

Bendito el corazón  
de Dios, ancho como el domingo.





## DE TONTOS TENEBROSOS

¿Habéis visto  
nada más tenebroso  
que un tonto?

Un tonto tiene vastas  
concavidades donde  
sólo hay noche y arañas,  
lentas arañas tristes.

Y el tonto viene a tumbos  
de pajiza desgracia,  
a tropezones negros,  
dándose en las paredes  
de sí mismo, cayendo  
en lo más hondo.

Encuentra  
cosas: “¿Es esto amor?”,  
“¿es lluvia esto?”, “¿así es el mundo?” ..  
El no lo sabe. Anda  
a lo largo de un túnel  
sordo.



A DON FRANCISCO DE QUEVEDO,  
EN PIEDRA

*“cavan en mi vivir mi monumento”*

Yo no sé quién te puso aquí, tan cerca  
—alto entre los tranvías y los pájaros—  
Francisco de Quevedo, de mi casa.

Tampoco sé qué mano  
organizó en la piedra tu figura  
o sufragó los gastos,  
los discursos, la lápida,  
la ceremonia, en fin, de tu alzamiento.

Porque arriba te han puesto y allí estás  
y allí, sin duda alguna, permaneces,  
imperturbable y quieto,  
igual a cada día,  
como tú nunca fuiste.

Bajo cada mañana  
al café de la esquina,  
resonante de vida,  
y sorbo cuanto puedo  
el día que comienza.

Desde allí te contemplo en pie y en piedra,  
convidado de tal piedra que nunca

bajarás cojeando  
de tu propia cojera  
a sentarte en la mesa que te ofrezco.

Arriba te dejaron  
como una teoría de ti mismo,  
a ti, incansable autor de teorías  
que nunca te sirvieron  
más que para marchar como un cangrejo  
en contra de tu propio pensamiento.

Yo me pregunto qué haces  
allá arriba, Francisco  
de Quevedo, maestro,  
amigo, padre  
con quien es grato hablar,  
difícil entenderse,  
fácil sentir lo mismo:  
cómo en el aire rompen  
un sí y un no sus poderosas armas,  
y nosotros estamos  
para siempre esperando  
la victoria que debe  
decidir nuestra suerte.

Yo me pregunto si en la noche lenta,  
cuando el alma desciende a ras de suelo,  
caemos en la especie y reina  
el sueño, te descuelgas  
de tanta altura, dejas  
tu máscara de piedra,  
corres por la ciudad,

tientas las puertas  
 con que el hombre defiende como puede  
 su secreta miseria  
 y vas diciendo a voces:  
 "Fué el soy un será, pero en el polvo  
 un ápice hay de amor que nunca muere."

¿O acaso has de callar  
 en tu piedra solemne,  
 enmudecer también,  
 caer de tus palabras,  
 porque el gran dedo un día  
 te avisara silencio?

Dime qué ves desde tu altura.  
 Pero tal vez lo mismo. Muros, campos.  
 solar de insolaciones. Patria. Falta  
 su patria a Osuna, a ti y a mí y a quien  
 la necesita.

Estamos  
 todos igual y en idéntico amor  
 podría comprenderte.

Hablamos  
 mucho de ti aquí abajo, y día a día  
 te miro como ahora, te saludo  
 en tu torre de piedra,  
 tan cerca de mi casa,  
 Francisco de Quevedo, que si grito  
 me oirás en seguida.

JOSE ANGEL VALENTE

Ven entonces si puedes,  
si estás vivo y me oyes  
acude a tiempo, corre  
con tu agrio amor y tu esperanza —cojo,  
mas no del lado de la vida— si eres  
el mismo de otras veces.

LA PLAZA

*A José Luis Aranguren.*

La piedra está  
firme y anónima.  
Sostienen los pilares  
con gravedad la sombra acogedora.

Aquí alguien habló  
tal vez a hombres unidos  
en la misma esperanza.

Tal vez entonces  
tuvo en verdad la vida  
cauce común y fué la patria  
un nombre más extenso  
de la amistad o del amor.

Aquí  
latía un solo corazón unánime.

Porque fué éste  
lugar de comunales  
sueños, repartidas faenas,  
palabras pronunciadas  
con idéntica fe.

Tal vez sólo por eso  
la piedra aún se levanta  
donde, piadosamente,  
en el aire extinguido,  
mi mano toca ahora  
la soledad.



CEMENTERIO DE MORETTE-GLIERES, 1944

No reivindicaron  
más privilegio que el de morir  
para que el aire fuese  
más libre en las alturas  
y los hombres más libres.

Ahora yacen,  
con su nombre o anónimos,  
al pie de Glières y ante la roca pura  
que presenció su sacrificio.

Hombres  
de España entre los muertos  
de la Alta Saboya:  
ellos lucharon por su luz visible,  
su solar o sus hijos, mas vosotros  
sólo por la esperanza.

La nieve aún dura prodigiosamente  
viva en el aire mismo  
donde morir fué un puro  
acto de fe o de supervivencia.

¿Quién podría decir que murieron en vano?

Al cielo roto y a la tierra vacía,  
a los pueblos de España,  
a Herbás, a Mula, a todas  
las islas Baleares,

a Mendavia, Viñuelas,  
Ambrán, La Almunia,  
Terrecampe, Tembleque,  
devuelvo el nombre de sus hijos:

Félix

Belloso Colmenar, Patricio  
Roda, Gabriel Reynes o Gaby, Victoriano  
Ursúa, Pablo Fernández,  
Avelino Escudero,  
Paulino Fontava, Florián Andújar,  
Manuel Corps Moraleda.

Otros duermen tal vez  
bajo una cruz desnuda, lejos  
de su país, de su memoria, donde  
todos los muertos son  
un solo cuerpo ardiente:  
carne nuestra, palabra,  
historia nuestra que no conocimos,  
sangre sonora de la libertad.

## LA MENTIRA

Caminan por los campos, arreando sus bestias  
cargadas de cadáveres, hacia el atardecer.

Pero no allí,  
sino en el centro de la ciudad  
están (aunque su reino sea  
más odioso en el alma): son  
los mercaderes del engaño.

Levantán en la plaza  
sus tenderetes y sus palabras, pues son hábiles  
en el comercio de la irrealidad.  
Proceden del sueño y también  
lo engendran a su vez.

Mezclaos entre la multitud y veréis  
hasta qué punto sus palabras son vanas,  
pues no les pertenece ni un solo corazón.  
Si alguien levanta su voz en la asamblea,  
tal vez un hombre honrado,  
para enarbolar la verdad,  
ellos extienden sus manos engañosas  
hasta teñir el cielo de un sangriento color.  
Porque tienen el viejo poder de la mentira  
que desciende en la noche,  
cubre los campos,  
se mezcla a las semillas,  
contamina los frutos de toda corrupción.

Mentira es nuestro pan, el que mordimos  
con ira y con dolor.

Bajamos a la caída de los sueños  
como una bandada de pájaros sedientos de verdad.  
Pero ninguna hora había sonado  
que fuese nuestra. Entonces comprendimos  
que al igual que la tierra huérfana de cultivo,  
debíamos dar fruto en soledad.

Pero ahora acercaos: ved  
como la noche cae. Se oye  
un largo toque de silencio y redobla  
el hisopo sobre el tambor.

La plaza está desierta (parece descansar  
la ciudad en un sueño más hondo que la muerte).  
Sólo quedan palabras como globos hinchados,  
ebrios de nada. Van  
flotando lentamente sobre la carroña del día  
y su implacable putrefacción.

SOBRE EL LUGAR DEL CANTO

La mentira y sus vástagos.

El odio

espeso y su constelación de sombra.

La cólera terrible de la tierra  
que no alimenta la raíz del aire  
y se acuesta en la tierra boca abajo.

La palabra que nace sin destino.

La sangre que no siembra más que sangre.

El pan desposeído de la casa del hombre.

La opaca caridad del rico sórdido.

La simonía de la inteligencia.

El miedo y sus profetas.

Un fruto triste se desgarrar y cede  
más débil que su propia podredumbre.

Esta es la hora, éste es el tiempo

—hijo soy de esta historia—

éste el lugar que un día

fué solar prodigioso de una casa más grande.



LA CIUDAD DESTRUIDA

*I, John, I did hear an eagle calling  
high in the midst of heaven*

Yo, Juan, vi un pájaro  
caer sobre la noche,  
beber hasta saciarse en sus entrañas.  
Vi un águila en lo alto.

Los ojos habitaron lo vacío  
sobre los muros humeantes donde  
pudiera haber entrado la mañana.

Como un gran río dura  
perpetuamente sepultado el llanto,  
como un gran diamante  
el poder de la muerte.  
El aire espera en vano otras palabras,  
porque han caído nuestros sueños sobre  
la tierra y sobre el tiempo.

Dura  
la piedra calcinada, pero no el fuego,  
y la desolación, mas no la mano  
del hombre.

Inútil fué,  
en vano edificamos las murallas,  
pusimos un umbral: la enorme noche  
creció con las semillas,  
y en la raíz de nuestra vida estaba  
el fruto amargo que gustamos.

Escribe el ángel:  
“Cayó la poderosa...”

Oí un águila  
gritar desde lo alto.  
(Colmado estoy de sombra.)  
Pero no preguntéis,  
porque la respuesta es anterior a la pregunta  
y no puede encontrarla.

Desde otra orilla y otro mar  
los minuciosos pescadores pequeños  
vieron el sol nacer en occidente.  
Dirán: “Fué destruída;  
el puerto y los mercados vacíos de riqueza,  
y de oro y de plata y de piedras preciosas,  
de madera y marfil y metales extraños,  
de perfumes y aceite,  
y de trigo y de bestias y de almas de hombres.”

Común materia, el aire, el tiempo, el hombre  
¿se salvarán de la segunda muerte?  
Entre la destrucción y la inocencia nueva  
¿podrán ser rescatados de la noche?

¡Oh noche!

Un ave inmensa



se cierne sobre el aire,  
cubre los siglos de ignominia, sacia  
su oscura sed de sangre.

Cayó cuanto se alzaba vacío desde el sueño  
y en su triste recinto aún dura el llanto,  
porque los muertos son bastardos de la muerte,  
hijos de otra memoria.



V



## LA SALIDA

*A Vicente Aleixandre.*

En el andén, la despedida  
corta y fugaz como las lágrimas.  
Después el paso largo  
a través de arrabales perezosos,  
los primeros yerbajos, los desmontes  
donde se amontonaban las basuras,  
el cinturón de lo olvidado, hombres  
que alzaban su silueta indiferente  
y seguían despacio.  
Luego el campo,  
las desnudas hileras de los álamos  
en dirección contraria a nuestro pecho  
caminando veloces.  
Y después las montañas.  
Entrábamos en túneles espesos  
conteniendo la vida con angustia  
en el espacio entre dos respiraciones.  
Parecía la sombra demasiado larga,  
demasiado honda e invencible.  
Pero al cabo saltaba, siempre otra vez, la vida  
del lado de la luz,  
donde el humo quedaba  
como una mano lenta  
que se desvaneciera en la caricia.

JOSE ANGEL VALENTE

**Y luego el sueño  
y el despertar y el sueño y más sombra  
por donde caminábamos a tientas  
braceando, luchando,  
hasta caer de pronto en un aire sin fondo  
donde apenas pesaban nuestros cuerpos.**

*Luchando a solas contra el sueño.  
Siempre.*

*En la alta vigilia  
conjurando mi vida  
contra su maleficio.*

*Como un atleta oscuro  
ha avanzado,  
invadiéndolo todo. Apenas  
resiste el pensamiento,  
allá en lo hondo,  
a su dominio.*

*Un gallo canta lejos,  
remoto, en la frontera  
difícil de la sombra.  
Siempre, siempre.  
Y a la luz me encomiendo.*

**No sé cuánto camino  
llevamos recorrido  
ni cuánta sombra  
ni cuánta luz hemos dejado lejos.  
Y ¿quién podría ahora  
asomarse, mirar,**

llevar la cuenta,  
 horadar la distancia a centenares  
 de leguas más atrás,  
 de descensos veloces,  
 de arduas ascensiones, todo  
 en un solo relámpago?

Entre la velocidad y la quietud  
 de la parada súbita  
 y el nuevo caminar  
 y el tiempo  
 y el enorme vacío  
 que abre sus fauces entre dos segundos,  
 resbalamos despacio.

¿Es esto el mar,  
 su olor salobre a mar y las embarcaciones  
 a remo, a vela, a punta de puñal  
 rasgando el pecho tembloroso del agua?

Como una gaviota  
 en grandes círculos  
 bajo hasta el centro mismo de mi infancia  
 y un niño me persigue  
 dando voces crueles,  
 arrojándome piedras  
 de inocencia y blancura.

Y ¿quién podría huir?

¿Es esto el mar?

¿Es esto el cadáver de alguien  
 a quien hemos amado  
 y todavía nos aguarda  
 con la paciencia del amor total?

Henos al cabo sitiados,  
rodeados de figuras lejanas  
que mastican  
una ceniza humedecida y triste  
y nos hablan de tú,  
de: "tú regresas,  
tú recuerdas,  
tú sabes...", más y más y no podemos  
reconocer a nadie en tantos rostros.  
Este es el banquete  
solemne que me ofrecen,  
el banquete de todo lo que el polvo  
ha reducido a polvo, mientras  
aquel niño que fui,  
la odiosa criatura  
que no olvida mi nombre,  
me llama cruelmente,  
se sube a los tejados,  
trepa a las torres hasta ensordecirme  
y convocando años y cadáveres  
irremediabilmente me condena.

*De cuantos reinos tiene el hombre  
el más oscuro es el recuerdo.*

*Oh qué feroz acometida  
contra una vida tantas muertes.*

*La sombra cierra las espaldas  
con un bramido lento y sordo.*



*Sobre las huellas del que huye  
su ciego reino se proclama.*

Este es el llano  
que reúne a los hombres  
en la fertilidad y en los abrazos.  
Primero el trigo  
y después las ciudades.  
Suben más viajeros  
que repiten las mismas actitudes;  
alguien se desespera mientras suena  
la orden de partida en altavoces  
cuya capacidad llega a tres lenguas  
sobre las despedidas silenciosas.  
Una torre levanta su estatura.  
Un pájaro planea  
y cae después veloz sobre su presa.  
Un perro corre a nuestro paso,  
ladra y lo apaga la distancia.  
Un niño. Una ventana  
tremendamente próxima y en ella  
una muchacha que puede estar cantando,  
aunque no sé si canta, o que podría  
estar fingiendo estar y no haber existido.  
Después declina el día.  
Se oye el rumor de las conversaciones.  
Alguien pregunta en otra lengua  
por la puntualidad de la llegada,  
pero no importa adónde. El horizonte  
se hace más hondo ahora.

En los pequeños pueblos  
el humo hace señales  
de paz y de distancia.  
Al borde de un camino,  
un cementerio de lugar.  
Tal vez todas las lápidas  
rezan con voz monótona:

“Viajero, detente...”

Pero no hay tiempo, amigos,  
bajo la lluvia: amigos,  
enemigos, parientes, conocidos,  
niños súbitos,  
prolongados abuelos.

No, no hay tiempo,  
aunque todo nos lleve a idéntico destino.

*Nocturnamente,  
mientras yacemos en el lecho  
y nos ata el amor  
al hilo de la especie  
y somos sangre  
y sentimos  
la gravedad desnuda de los cuerpos,  
tú que velas sobre la tierra  
—luna de claridad,  
nocturnamente—  
en el mismo lugar donde cayeron  
hacia el gran abandono,  
da paz a nuestros muertos.*

Casi, entre dos imágenes  
 que pasan velozmente  
 ante nuestras pupilas,  
 no hay espacio para un pensamiento.  
 Un río queda atrás, después  
 una pequeña casa arruinada  
 por la guerra tal vez o por el tiempo  
 o sólo porque se desmoronaran los suspiros.  
 Pasamos  
 con un ruido sordo  
 al borde de un abismo  
 de muchos pies,  
 casi sin darnos cuenta  
 o dejando caer una palabra  
 que jamás llega al fondo,  
 mientras nos alejamos  
 y más y más  
 imágenes veloces nos envuelven.  
 Van devorándose  
 unas a otras sin cesar y tantas  
 presencias hacen  
 solamente un olvido.  
 No podríamos retenerlas  
 o quedarnos al menos  
 con una sola  
 que fuese nuestra,  
 no sujeta a la muerte.  
 Cien veces más veloz  
 que nuestro pensamiento,

pasa de amor a olvido  
ciegamente la vida.

No podemos pensarla. No podemos  
pensar... Pasar, pasar, podemos  
solamente pasar, como ahora paso  
de un monte a un río, de una voz al eco  
de una voz: lejanos  
árboles, sembrados,  
una ciudad, los campos,  
campos, campos..., solamente pasar,  
dejar atrás la inmensa  
extensión del olvido.

*Por eso ahora,  
a medio caminar,  
en medio del camino  
—porque éste es el tiempo  
y no lo ignoro— digo  
otra vez la plegaria:  
“Que despertemos en tu nombre,  
que despertemos en tu reino,  
que despertemos en tu duración,  
así en la tierra  
como en el cielo,  
Padre.”*

Sé cuál es mi destino  
pero no lo conozco.

Difícil es partir  
cuando arrancarse a todo lo que amamos  
duele tanto en los labios.

Amargas son entonces las palabras  
y se abre el alma  
como la piel de un fruto  
que al cabo no pudiera  
contener su semilla.

Como a la madurez de la estación sucede  
la inexorable gravedad de la espiga,  
todo se hace destino.

Hemos andado mucho  
apartando la muerte,  
como se apartan los arbustos  
y su enmarañada oscuridad en el bosque  
para ver más allá.

Ahora sumo imágenes,  
rostros, acciones, nombres,  
peso el amor.

Esta es la cuenta al cabo:  
estamos solos.

Alrededores son, postrimerías,  
ecos remotos cuanto llega ahora  
de más allá de la distancia.

Como los animales en la selva  
escuchan el reclamo  
del cazador  
y se hacen sólo olfato,  
en silencio esperamos.  
Al fin nos hemos detenido.

Todo

se hace destino.

**Recojamos**

el pequeño bagaje improvisado,  
porque no había tiempo  
más que para partir  
cuando partimos.

Descendamos después  
y entre la multitud de los que llegan,  
con paso lento  
y el corazón entero en la firmeza,  
ingresemos despacio en la enorme salida.

## INDICE

	<i>Páginas</i>
Primer poema ... ..	11
Soliloquio del Creador ... ..	15
El Muro ... ..	17
El emplazado ... ..	19
El alma ... ..	21
Cae la noche ... ..	23
El milagro ... ..	25
Entrada al sentido ... ..	29
El día ... ..	31
La última palabra ... ..	33
La cabeza de Yorik ... ..	35
La llamada ... ..	37
El descuidado ... ..	39
Los olvidados y la noche ... ..	41
Tuve otra libertad ... ..	45
La luz no basta ... ..	47
El sueño ... ..	49
El odio ... ..	51
El otro reino ... ..	53
Como un relámpago ... ..	57
Son los ríos ... ..	59
Pero no más allá ... ..	61
Cuando estoy ante ti ... ..	63
Hemos partido el pan ... ..	65
Maternidad ... ..	67
Objeto del poema ... ..	71
El cántaro ... ..	73
Rotación de la creatura ... ..	75

	<i>Páginas</i>
Tres fragmentos ... .. .	77
El sapo ... .. .	81
La respuesta ... .. .	83
El resucitado ... .. .	85
Epitafio para un desconocido ... .. .	87
El peregrino ... .. .	89
La mañana ... .. .	91
Salmodia de la buenahombria ... .. .	93
De tontos tenebrosos ... .. .	95
A don Francisco de Quevedo, en piedra ... .. .	97
La plaza ... .. .	101
Cementerio de Morette-Glières, 1944 ... .. .	103
La mentira ... .. .	105
Sobre el lugar del canto ... .. .	107
La ciudad destruida ... .. .	109
La salida ... .. .	115
Indice ... .. .	125



**Este libro POEMAS A LÁZARO que editó INDICE,  
se terminó de imprimir en Madrid el  
día 30 de enero de 1960, en  
Artes Gráficas E. M. A.  
Paz, núm. 8  
"Ψ"**



Otros libros de  
EDITORIAL «INDICE»

**Colección Goya**

El arte negro, por José Osorio de Oliveira.— Prólogo de Luis Trabazo.— 16 ilustraciones en couché . . . . . 55 pts.

**Colección Calderón**

Las supervivientes, drama, por Eusebio García Luengo.— Prólogo de J. Fernández Figueroa. Epilogo-historia del autor. . . . . 30 pts.

**Colección Unamuno**

El tiempo y el «hay», por Alvaro Fernández Suárez.— Prólogo de J. Fernández Figueroa . . . . . 30 pts.  
Metafísica de los sexos humanos, por Pedro Caba . . . . . 45 pts.

**Colección Galdós**

Serenidad (Escenas madrileñas), por Carlos Gurméndez . . . . . 50 pts.  
Dos novelas de amor, por Fernando-Guillermo de Castro.— Premio Sésamo . . . . . 50 pts.

**Colección Machado**

Plegaria por las cosas, por Ricardo Paseyro . . . . . 30 pts.  
El costado del fuego, por Ricardo Paseyro . . . . . 35 pts.

**Colección Testigos de hoy**

La máquina de lavar cerebros, por Lajos Ruff . . . . . 45 pts.

**Colección Relatos contemporáneos**

Yo asumo la vida de Pedro Olmo, por Enrique Ruiz García. 50 pts.

B. Dip. Almería

AL-821-VAL-poe



1003095

**Tres ensayos quijotescos,**  
por J. Fernández Figueroa.— Edición limitada, numerada y firmada por el autor.— Dibujos de Balagueró y L. Trabazo . . . . . 100 pts.

*índice*